

PIO XII Y EL PAPADO (1)

Por ISMAEL BIELICH FLOREZ

Profesor de la Universidad Católica del Perú

La Acción Católica Peruana celebra hoy, con gran regocijo, el aniversario primero de la Coronación del Sumo Pontífice Pío XII, para dar así público testimonio de su respeto, amor y filial obediencia a quien es el Jefe de la Cristiandad.

A quienes miran la monarquía pontifical como un simple producto de factores humanos, sin relación con la sobrenatural providencia, la elección del actual Pontífice, ha debido hacerles recelar un poco de su racionalismo. La rapidez del acto electoral, la persona del elegido, y hasta la circunstancia de coincidir esa elección con su fiesta natal, ha dejado entrever la asistencia continua de la Divina Providencia a la Iglesia, conforme a la promesa del Señor .

Llamado a suceder a la Santidad de Pío XI, el Papa de tan llorada memoria, el actual Pontífice, encontraba, además, la hora de su elección grávida del pavoroso problema de una nueva guerra en Europa; pero, colaborador cercanísimo de su antecesor, estaba como quien más, preparado para continuar la obra del que ofreciera el sacrificio de su propia vida por la paz del Mundo. Su presencia en el trono de San Pedro afirmaba una vez más la solidez de la Iglesia Católica y era un nuevo signo de su perenne juventud.

Muchos siglos han trascurrido desde el día en que, a la impetuosa declaración de Pedro respondiera Cristo, dándole el Primado de su Iglesia, y escs siglos han visto venir primero el pescador a Roma, establecerse luego una sucesión sacerdotal nacida en él; la

(1).—Discurso leído en la actuación celebrada por la Acción Católica Peruana en homenaje a S. S. el Papa Pío XII, el 12 de marzo de 1940.

organización de la Iglesia de Roma bajo un solo Jefe, y la influencia de ésta sobre las Iglesias de Oriente y Occidente.

Y han visto asimismo cómo, sin perderse la continuidad en la sucesión, ni la continuidad en la doctrina, el Papado, que fué ejercido primero por un pobre y oscuro pescador galileo, ha llegado a ocupar, sin más fuerza que su poder espiritual, una situación tan señalada y tan respetada que, hasta los más orgullosos y soberbios gobernantes buscan su ayuda y se inclinan ante el sucesor de ese antes ignorado galileo.

Continuidad en la sucesión, y continuidad en la doctrina. El Trono y la Cátedra. Dos de las grandes atribuciones del Papado: reinar y enseñar.

Como reyes, los Papas poseen el trono más excelso de la tierra, puesto que es la realeza de Cristo lo que representan. Y su reino, distinto el de los demás reyes de la tierra, es Eterno, sin medida en el espacio ni en el tiempo. Reinan sobre millones de hombres, esparcidos en los más alejados puntos del Mundo, y no poseen para inclinar la obediencia de sus súbditos, sino su altísimo poder espiritual.

Como Maestros, su palabra encierra la Verdad. La Verdad que hace libres a los hombres y de la que es depositaria la Iglesia. Ningún Maestro tuvo jamás este privilegio de no poderse equivocar sobre lo que enseñaba. Nuestra falible inteligencia siempre asaltada por las dudas, asediada por nuestras pasiones, acechada por nuestra imaginación, ha creado una ciencia humana, llena de vacilaciones y de equivocaciones, preñada de hipótesis, a menudo audaces; pero también muchas veces falsas.

Frente a ese edificio humano, se alza el de la verdad espiritual, elevado por la Iglesia Católica, edificio eterno e indestructible, contra el cual se ha levantado tantas veces la soberbia de los hombres, y que han defendido con tanta prudencia como heroísmo los sucesores de San Pedro.

Bien dice Grandmaison cuando afirma que los caracteres de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, pueden traducirse al lenguaje moderno diciendo que la Iglesia es intransigente, heroica, comprensiva y jerárquica.

Intransigente, porque es depositaria de la verdad, y la verdad no admite una componenda. Es sorprendente cómo a través de los

siglos de su existencia la doctrina católica ha permanecido firme en medio de todas las tempestades. Herejías, cismas, controversias, revoluciones, persecuciones, todas las catástrofes que han azotado a la Iglesia, sólo han servido para que resplandeciera más brillante la verdad y más rígido el dogma. Y la nota de la heroicidad no sólo se encuentra en la aspiración a la santidad de muchos de sus miembros, que es un esfuerzo heroico, sino en su indeclinable y constante energía para sostener su dogma.

La historia del Papado, en su larguísima sucesión: 263 Pontífices, hasta contar con el actual, ha sido la historia del esfuerzo de la Verdad y de la Caridad, abriéndose paso entre la miseria y las pasiones humanas. Defienden los Papas a Roma de las invasiones bárbaras, contienen el desenvolvimiento de la influencia de los mahometanos, libertan a los esclavos, llevan la civilización a los más apartados lugares del mundo, promoviendo los trabajos misionales, y en nuestros tiempos, definen los derechos de los patronos y de los trabajadores, y, realzando la personalidad humana advierten los peligros del materialismo en sus formas pagana y atea, y dan tal relieve al Pontificado, que apesar de que su soberanía territorial fué prácticamente anulada y hoy tan diminuta, no hay Nación del Mundo, católica o no, que no escuche y respete a este Rey sin armas, ni ejércitos.

Y ahora, en el mismo instante en que vivimos, en este mismo momento en que estamos reunidos, convergen hacia el Soberano Pontífice las miradas de todos los estadistas del Mundo.

Si no fuera porque nosotros católicos, sabemos de la asistencia del Espíritu Santo, nos maravilláramos al contemplar esta potente virtud en el Trono que ocupara, por primera vez, un hombre rudo y humanamente iletrado. Porque siendo la Iglesia una y uno su representante, es ante el propio Santo Pescador ante quien se inclinan los estadistas. Nada importa que lleven su soberbia hasta no rendir el homenaje de besar el anillo pontifical. El hecho es que la historia de Enrique IV no será olvidada en los tiempos modernos.

Cristo, que ofreció a sus Apóstoles estar con ellos hasta la consumación de los siglos, sólo Cristo, ha podido dar al Papado esa unidad en la fé, esa rigidez para defender el dogma, esa inflexibilidad ante los mismos poderes temporales cuando se ha tratado de la doctrina.

Y es esa claridad de sus principios, esa inamovilidad de sus definiciones, lo que ha llenado de respeto al Mundo frente a la Iglesia Católica y a su Pontífice. Jamás una vacilación para sostener la verdad, nunca una transacción sobre un punto de fé. Ni la prisión, ni el martirio, ni la misma muerte, ni aún, como en el caso de Enrique de Inglaterra, el temor al Protestantismo invadiendo la Isla, han doblegado a los Vicarios de Cristo.

Y apesar de eso, el Mundo ha tratado de alejarse de Cristo. Los espíritus racionalistas y liberales, queriendo reducir a una experiencia positiva el mundo de lo sobrenatural, han ido lentamente infiltrando un espíritu contrario al de Nuestro Señor. Se ha derivado de esos grandes males a la Humanidad, que ha olvidado los deberes para hablar sólo de los derechos: los derechos del hombre, los derechos del capital, los derechos del obrero, los derechos del niño, los derechos de la mujer...

Todo se ha perdido en este reclamo de derechos en que están siempre ausentes los deberes. Nadie quiere servir, sino ser servido. Es el pecado de soberbia, que nace apenas el hombre se busca sólo a sí mismo, prescindiendo de Dios. Es el hombre alzado contra el hombre y una Nación contra otra Nación. Es el deseo de dominar y de avasallar, para poseerlo todo, los reinos con sus riquezas y todas las glorias del Mundo. Y los hombres olvidan que esa fué la tentación del demonio a Jesús, y ceden a élla, olvidando las palabras: adorarás al señor Dios tuyo y a Él solo servirás.

Por eso el Mundo vive la espantosa hora presente. Todos los tratados y todas las negociaciones, todos los congresos y las misiones diplomáticas, todas las visitas de buena voluntad serán inútiles si no preside el espíritu de Cristo.

De allí que el saludo del Soberano Pontífice haya sido un recuerdo al Mundo de que debe volver al magisterio supremo de la Iglesia, donde brota la pura fuente de la Certidumbre, recordándole que todos los otros caminos son extraviados y que sólo llevarán a un nuevo desconcierto y a una nueva funesta lucha.

Nosotros, los miembros de la Acción Católica, hijos obedientes de la Iglesia que nos habla por medio de Su Santidad, debemos llenarnos del deber actual. Vivir la verdad y ejercer la caridad, porque sin caridad no se es nada, como dijo el Apóstol. La recristianización del Mundo exige la firmeza en Cristo y el sostenimiento

a su Vicario. Para trabajar porque la Humanidad vuelva a sentirse iluminada con la Luz del Mundo, debemos, como los primeros cristianos, vivir con las ropas ceñidas y las luces encendidas. Vigilantes y fuertes, porque somos soldados en acción.

Y al rendir este homenaje de recuerdo y de fidelidad al Papa Pío XII, recordemos, como lo quiere él, que el mundo está viviendo las consecuencias de haberse apartado de las enseñanzas del Divino Maestro, que vaga sin rumbo ni brújula, desorientado en medio de teorías y filosofismos anticristianos. Y pidamos que sea pronto el día en que la humanidad, repita humilde y prosternada, aquella angustiada frase de San Pedro, angustiada, pero llena de esperanza: "A dónde iremos, Señor, si sólo Tú tienes palabras de Vida Eterna".

Ismael BIELICH FLOREZ.